Historia de los libros célebres

VIAJES DE GULLIVER

LA primera parte de los *Viajes a varias lejanas naciones del mundo*, cuyo autor se llamó a sí mismo *Lemuel Gulliver*, vió la luz pública en 1726, y estaba escrita como un verdadero libro de viajes, aunque con el propósito de satirizar a la Inglaterra de aquel tiempo y reirse de sus locuras. Los imaginarios sucesos que contiene son verdaderamente extraordinarios y por eso agradó tanto al público. Durante muchas generaciones este libro ha sido uno de los más leídos por los jóvenes, pues las aventuras que en él se describen son de una extraña y curiosa imposibilidad. Fué su autor el Rev. Jonatas Swift, Deán de San Patricio en Dublín. La guerra con Blefuscu, acerca de los huevos, tiene por fin ridiculizar los necios e insensatos motivos que tuvieron siempre las naciones para declararse la guerra a la menor provocación.

GULLIVER EN LILIPUT

Cómo fué hecho prisionero por los Liliputienses

CUÉNTANOS LEMUEL GULLIVER, que su padre tenía una pequeña finca en el condado de Nottingham, y cinco descendientes, de los que él era el tercero. Colocado de aprendiz en casa de un eminente cirujano de Londres, enviábale su padre, de cuando en cuando, pequeñas cantidades que invertía en aprender el arte de navegar, pues esperaba emprender algunos viajes en época no muy lejana, para lo que tales conocimientos habían de serle indudablemente muy útiles. Llegó a ser cirujano sucesivamente en dos buques, e hizo varios viajes a las Indias y Américas. Las horas de ocio a bordo, empleábalas en leer los mejores autores, y, cuando estaba en tierra, en observar las costumbres de los naturales y aprender su lengua.

Posteriormente aceptó Gulliver un ofrecimiento del capitán Prichard, patrón del *Antílope*, que iba a emprender un viaje al Pacífico, e hízose a la vela en el puerto de Bristol, el 4 de Mayo de 1699. Una tempestad los llevó al Noreste de la Tierra de Van Diemen, en cuyas rocas se estrelló la nave. Seis tripulantes, entre los cuales se hallaba Gulliver, lograron echar un bote al agua para salvarse, pero zozobró al cabo de media hora. Qué fué de sus compañeros, Gulliver no lo supo jamás; pero él siguió nadando hacia donde la suerte quiso llevarle, y, ya casi exámine, tocó fondo y pudo llegar a la orilla.

Dejemos a Gulliver que nos cuente él mismo su historia y en lo posible con sus mismas palabras; y de esta suerte sabremos lo que le aconteció, al llegar a tierra extenuado.

«Tendíme en el césped y me quedé dormido. Al despertar me fué imposible moverme. Tenía los brazos y las piernas sujetos a la tierra, y mis cabellos atados de igual manera. Sentíme rodeado de ligaduras que se entrecruzaban por todo mi cuerpo y sólo podía mirar hacia arriba. El sol empezaba a calentar y la luz me hacía daño en los ojos. Oía ruidos confusos a mi alrededor; y, al poco rato, percibí algo que se movía por mi pierna izquierda, y que, avanzando suavemente por el pecho, llegó casi hasta tocarme la barbilla. Inclinando la vista hacia abajo todo lo que pude, distinguí un ser humano, cuya estatura no pasaría de 15 centímetros, armado de arco y flecha, y con un carcaj a la espalda».

«Entre tanto advertí que a lo menos otros cuarenta de la misma especie iban siguiendo al primero. Dí tan fuerte resoplido que todos retrocedieron asustados; y algunos de ellos (según me manifestaron después) se hicieron daño, al caer saltando de mis costados a tierra. No obstante, no tardaron mucho en volver, y yo proseguía tendido todo este tiempo, con no pequeña inquietud. Al fin, haciendo un esfuezo para soltarme, rompí los cordeles y arranqué las estacas que me sujetaban a tierra el brazo izquierdo. Hubo entonces una gritería espantosa; y en un instante sentí un centenar de flechas que habían hecho blanco en mi mano izquierda y me picaban como otras tantas agujas.

Además, hicieron otra descarga al aire al modo que se disparan las bombas en Europa; y algunas de sus flechas me cayeron en el rostro, que procuré tapar con la mano izquierda. Entonces pensé que lo más prudente era estarme quieto».

« Cuando vieron que ya no me movía, cesaron de dispararme flechas; pero por el ruído que hacían me convencí de que habían crecido en número, y a unos cuatro metros del sitio un que yacía, y por encima de mi oído izquierdo, oí golpear por más de una hora. Volviendo la cabeza todo lo que me permitían los cordeles y las estacas, ví que habían levantado un tablado, a unos cuarenta y cinco centímetros del suelo, capaz para cuatro de lo naturales, y que habían colocado dos o tres escaleras de mano para subir a él; uno de ellos, que parecía ser persona de calidad, hízome un largo discurso del cual no entendí ni una palabra ».

CÓMO LOS LILIPUTIENSES DIERON DE COMER AL HOMBRE-MONTAÑA

« Pero, antes de empezar, gritó tres veces, e inmediatamente unos cincuenta de los indígenas cortaron las ligaduras que me sujetaban el lado izquierdo de la cabeza; lo que me procuró la libertad de volverla a la derecha y observar la persona y ademanes del que me iba a hablar. Parecía de mediana edad y más alto que los otros tres que con él estaban. Por su mímica, parecida a la de un verdadero orador, pude comprender muchos períodos de amenazas, y otros de promesas, de compasión y de benevolencia ».

« Contesté en breves palabras, pero de la manera más sumisa, y levanté la mano izquierda y los ojos hacia el sol como si quisiera ponerle por testigo; y hallándome a punto de desfallecer de hambre me llevé con frecuencia un dedo a la boca para significarles que necesitaba comer. El Hurgo (que así llaman a un gran señor, según supe más tarde) comprendióme perfectamente. Bajó del tablado y ordenó que aplicaran a mis costados varias escaleras de mano, por las cuales subieron más de un centenar de indígenas, y se encaminaron hacia mi boca, cargados con cestas repletas de carne, suministradas y enviadas allí por orden del emperador tan pronto como hubo recibido las primeras noticias referentes a mí ».

« Observé que en la comida había carne de varios animales pero no podía distinguirlos por el sabor. Había espaldas, piernas y lomos cuyas formas parecidas a las del carnero, estaban muy bien aderezadas, pero eran más pequeñas que las alas de la alondra ».

GULLIVER SE BEBE DE UN TRAGO LA FRIOLERA DE 3888 LITROS LILIPUTIENSES

« Comíame en cada bocado dos o tres piezas de carne, acompañadas de tres panes, del tamaño aproximado de balas de mosquete. Iban sirviéndome tan aprisa como podían, mostrando en sus atónitos rostros el mayor asombro, al contemplar mi volumen y apetito. Entonces les hice otra señal de que necesitaba beber ».

« Bien claro coligieron por mi modo de comer, que no tendría bastante con una pequeña cantidad; y, como eran gente muy ingeniosa izaron con gran destreza uno de los toneles de más capacidad que tenían, hiciéronlo rodar hacia mi mano, y lo destaparon. Apurélo de un trago, cosa que bien podía hacer, pues aun no contenía un cuartillo, a pesar de ser equivalente a 3888 litros de Liliput. Parecíase mucho al vino flojo de Borgoña, pero era mucho más delicioso. Trajéronme un segundo tonel que bebí de igual manera, e híceles señas de que quería más, pero se les habían agotado las existencias ».

Después de esto, narra Gulliver que fué a acostarse, que durmió unas ocho horas, y que los liliputienses, le untaron el rostro y las manos con una pomada, que hizo desaparecer todas las señales de las flechas.

MIL QUINIENTOS CABALLOS CONDUCEN AL HOMBRE-MONTAÑA A LA CAPITAL

Los médicos, por orden del emperador, habían mezclado un narcótico con el vino dado a Gulliver, quien nos hace después una entretenida descripción del modo como que fué llevado a la capital

Gulliver había sido arrojado a la playa después de un naufragio en las costas de una tierra extraña que vió más tarde ser Liliput. Mientras dormía, los liliputienses, ninguno de los cuales era mayor que uno de los dedos de Gulliver, le hallaron y sujetaron a tierra con numerosas cuerdas y estacas. Pero al despertar y empezar a forcejar para recobrar la libertad, sacudióse de encima una multitud de pequeños seres que pululaban como moscas por su cuerpo. Tuvieron entonces que atacarle con regimientos de arqueros, a fin de obligarle a estarse quieto, antes de conducirle, con trabajos infinitos, a la capital de Liliput.

No era una cosa tan fácil para Gulliver aceptar la invitación del rey para ir a ver el palacio real, porque no podía pasar por encima de las casas, ni de las murallas, sin echar abajo algunas de ellas. Pero, por fin, con el auxilio de un taburete que construyó con algunos árboles del parque real, pudo pasar por encima de los edificios sin causarles el menor daño; y a fin de poder ver las habitaciones de los pisos altos, tuvo que echarse en medio de la gran plaza de armas. Salió la reina al balcón y, sonriéndole graciosamente, dióle su mano a besar.

BIBLIOTECA NACIONAL

liliputiense, en un artefacto, ideado por un pequeño ejército de ingenieros y carpinteros, y tirado por mil quinientos caballos de los mayores que poseía el emperador. En las afueras de la capital había un antiguo templo, el mayor de todo el imperio. La gran puerta medía un metro y veinte centímetros de alto, por sesenta centímetros de anchura, y por ella logró pasar arrastrándose. Sujeta la pierna izquierda con una cadena, estuvo algún tiempo Gulliver en el vestíbulo de este templo.

Visitáronle unos cien mil habitantes de la ciudad; y no bajaban de diez mil los guardias que le vigilaban. Continuó echado en el suelo del templo unos quince días; y entonces mandó el emperador que le construyeran una cama, para la cual se necesitaron seiscientas de la medida ordinaria que en el país se usaba. Publicóse un edicto imperial ordenando que todos los pueblos, enclavados en un radio de ochocientos diez y nueve metros de la capital, habían de dar de comer y beber al prisionero por cuenta del tesoro imperial, que pagaría las facturas que presentasen al cobro. La provisión al efecto estipulada, era suficiente para mantener a mil setecientos veinte y ocho liliputienses.

Pusieron también a sus órdenes una servidumbre de seiscientos criados, y se nombraron trescientos sastres para hacerle vestidos a la usanza del país. La tierra parecía, dice, como un jardín sin término; y las fincas cercadas, que medían por lo general poco más de doce metros cuadrados, semejaban lechos de flores.

Publicáronse edictos mandando que todos los que hubieran visto al Hombre-Montaña, como se le llamó en el idioma del país, se volvieran a sus hogares y no se atreviesen a presentarse de nuevo a una distancia menor de 45 metros de la casa del hombre mencionado, sin obtener permiso de la corte, «con cuyo motivo los ministros cobraron honorarios considerables».

GULLIVER EN EL PALACIO REAL DE LILIPUT

Ocurriósele un día al emperador ordenar a Gulliver que se pusiera de pie con las piernas abiertas, como la estatua del Coloso de Rodas, e hizo pasar a su ejército por el arco que describían. Sumaba este ejército un total de trescientos mil infantes y mil caballos.

Por fin, bajo de ciertas condiciones, pusiéronle en libertad y concediéronle permiso para visitar la capital del imperio. Por medio de otro edicto, los liliputienses supieron que pensaba ir a la citada ciudad, la cual estaba rodeada de una muralla de setenta y cinco centímetros de altura por veintiocho de espesor a lo menos, y flanqueada de sólidas torres a una distancia de tres metros.

«Salté por encima de la gran puerta occidental, dice, y pasé de lado con mucha precaución, por las dos calles principales, y esto en mangas de camisa, por temor de echar a perder los techos y los aleros de los tejados con los faldones de mi casaca. Las ventanas de las buhardillas y las partes altas de las casas, estaban tan llenas de espectadores, que, creí no haber visto jamás en todos mis viajes una población tan densa. Las dos calles principales tienen metro y medio de anchura; y las callejuelas y callejones, en que no pude entrar, median de treinta a cuarenta y cinco centímetros. La ciudad es suficientemente capaz para albergar a quinientas mil almas. Las casas tienen de tres a cinco pisos, y las tiendas y mercados hállanse muy bien surtidos de provisiones. El palacio del emperador está edificado en el centro de la ciudad, y rodeado de una muralla de sesenta centímetros de altura y a unos seis metros de distancia de los edificios.

GULLIVER NO PUEDE ANDAR POR EL PALACIO, POR TEMOR DE DERRUMBARLO

«El patio exterior era un cuadrado de doce metros e incluía otros dos patios; en el más interior hallábanse las habitaciones regias. Los edificios exteriores medían, a lo menos, metro y medio de altura, y me era del todo imposible pasear por entre ellos, sin causar grandes daños en los mismos, a pesar de que las paredes estaban sólidamente cons-

EL EJÉRCITO DE LILIPUT EN MARCHA

El rey de Liliput tuvo la idea de hacer que el ejército pasara por entre las piernas gigantes del hombre-montaña.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAD

truídas de piedra de sillería y de un grosor de unos nueve centímetros ».

« Al mismo tiempo el emperador tenía gran deseo de que viera la magnificencia de su palacio: pero no pude hacerlo hasta después de tres días que hube de pasar cortando con mi cuchillo algunos de los árboles más grandes del Parque Real, a unos noventa y cinco metros de distancia de la ciudad. De estos árboles hice dos taburetes de un metro aproximadamente cada uno, y lo bastante fuertes para soportar el peso de mi cuerpo ».

« Habiendo los habitantes recibido un segundo aviso, fuí al palacio pasando nuevamente por la ciudad con mis dos taburetes en las manos. Cuando llegué al lado del patio exterior me subí a uno de los taburetes y sostuve el otro con la mano; lo levanté por encima del tejado y lo coloqué suavemente en el espacio que había entre el primer patio y el segundo, que tenía unos dos metros y medio de ancho. Salté luego muy fácilmente por encima de los edificios, de un taburete a otro, y levanté el primero con el auxilio de un bastón con gancho ».

LA EMPERATRIZ DE LILIPUT SE MUESTRA MUY BENIGNA CON GULLIVER

« Por este medio llegué al patio interior y, echándome de un lado, apliqué el rostro a las ventanas de los pisos medios, que se habían dejado abiertas a propósito, y contemplé las habitaciones más espléndidas que cabe imaginar. Ví allí a la emperatriz y a la joven princesa, en sus distintas habitaciones, rodeadas de las principales damas de su servidumbre. Dignóse su Imperial Majestad sonreirme muy graciosamente y dióme a besar su mano por el balcón ».

Pero algo más tarde, supo Gulliver que había en el imperio de Liliput dos partidos que se disputaban el poder con los nombres de *tramecsán y estamecsán*, los cuales tenían su origen en los tacones altos y bajos de sus zapatos; y por ellos se distinguían entre sí. Más aún: existía la amenaza de invasión procedente de la isla de Blefuscu, el otro gran imperio del universo. Tan prolongada enemiga entre los dos poderosos imperios nació del incidente que ahora referiremos.

El abuelo del emperador de Liliput, cuando era muchacho, al ir a comerse un huevo, rompiólo por el extremo más ancho, según la práctica antigua, y se cortó un dedo. A consecuencia de este accidente, el emperador su padre publicó un edicto, ordenando a todos sus súbditos, bajo terribles penas, que rompiesen los huevos por el extremo más agudo. Esta decisión condujo al pueblo a la rebelión y a muchas discordias civiles las cuales fueron fomentadas y alentadas por el emperador de Blefuscu, en cuya corte los desterrados de Liliput eran muy bien recibidos.

Habiendo Gulliver manifestado estar pronto a defender la persona y dominios del emperador de Liliput contra todos los invasores, apresó toda la marina de guerra de Blefuscu por el sencillísimo procedimiento de lanzarse al mar, salir nadando a su encuentro y atar los buques por medio de cordeles entre sí; hecho lo cual, y después de haber cortado sus cables, con la mayor facilidad se llevó cincuenta de los buques de guerra de más tonelaje al puerto real de Liliput. Atacáronle, come era natural, mientras practicaba esta operación, disparándole multitud de flechas, pero esto no le importaba, pues llevaba puestos unos anteojos para protegerse la vista.

Pero porque Gulliver protestó contra los vengativos designios que tenía el emperador, de reducir todo el imperio rival a una provincia y destruir a los desterrados, cayó en desgracia.

Enterado de que se había formado el proyecto de acusarle de alta traición, huyó a Blefuscu, desde donde, por un accidente afortunado, halló el medio de regresar a su país y llegó a Inglaterra el 13 de Abril de 1702.

GULLIVER EN LA TIERRA DE BROBDINGNAG

Y lo que le aconteció entre los gigantes

GULLIVER sentía, como Robinsón Crusoe, una verdadera pasión por los viajes. El día 20 del Junio siguiente al de su regreso de Liliput, hízose de nuevo a la vela, pero esta vez para Surat, a bordo de la *Aventura*. Un año después, poco más o menos, fué arrojada la nave hacia el Este, más allá de las islas Molucas. Como el buque necesitase hacer aguada, el capitan mandó a tierra a unos cuantos hombres en la canoa. Gulliver hallábase entre ellos. Ya en tierra, aventuróse éste a separarse hasta una distancia de un kilómetro y medio de la orilla del mar.

Al volver a la ensenada, halló a sus compañeros embarcados en la canoa y remando furiosamente hacia el buque, para salvar la vida. Iba ya a gritarles, cuando observó que un ser humano de colosal estatura andaba tras ellos por el mar, pero como los hombres le llevaban alguna ventaja, pudieron llegar a bordo sanos y salvos. « Esto, dice, me lo refirieron más tarde, pues yo no me atreví a detenerme para presenciar el fin de la aventura, y eché a correr tan aprisa como pude por el mismo camino que había tomado al principio, y luego trepé por la escarpada pendiente de una colina, desde la cual pude echar una ojeada al paisaje ».

Toda la tierra estaba cultivada con esmero; y lo que primero le sorprendió fué la longitud de la yerba, que en aquellas tierras, muy propias al parecer para el cultivo del heno, tenía una altura de seis metros aproximadamente. Salió a una carretera; a lo menos, así se lo imaginó, aunque para los naturales no era más que un sendero, y estaba practicado a través de un campo de cebada. Anduvo por allí durante algún tiempo, pero no pudo ver mucha de la campiña que se tendía por cada lado, porque, como estaba cercana la época de la siega, la cebada se elevaba a una altura de más de doce metros.

« Estuve una hora—prosigue diciendo—caminando hasta el extremo del campo, y lo hallé rodeado de una empalizada de más de treinta y seis metros de altura, y los árboles tan gigantescos, que no me fué posible saber cuánto medían ».

« Púseme a reconocer la valla, para ver si descubriría algún boquete, y ví a un individuo en el campo contiguo que se encaminaba hacia la empalizada y tenía la misma colosal estatura que el que yo había visto en el mar persiguiendo a mis compañeros. Parecía tan alto como la cúpula de una iglesia, y recorría unos diez metros a cada paso. Quedéme atónito y sobrecogióme tan gran miedo, que corrí a esconderme entre las espigas, volviendo la vista atrás para ver lo que pasaba en el otro campo. Oíle llamar con una voz mucho más fuerte y penetrante que la emitida por una bocina, dilatándose el ruido a regiones tan altas, que creí al principio que era el trueno. Al estruendo de estas voces vinieron hacia él monstruos de su misma catadura, armados de hoces del tamaño de seis guadañas cada una ».

Mientras Gulliver se lamentaba de su locura y obstinación en haber intentado un segundo viaje despreciando los consejos de todos sus amigos y conocidos, y cuando se hubo escondido, temblando de miedo, en una pequeña loma, acercósele tanto uno de los segadores, que, comprendiendo iba a morir aplastado o partido en dos con la hoz, se puso a gritar desaforadamente.

EL TREMENDO GIGANTE QUE HALLÓ A GULLIVER ENTRE LAS ESPIGAS

« Entonces—dice—aquel colosal ser humano dió algunos pasos cortos y mirando en torno suyo por algún tiempo, hallóme por fin echado en el suelo. Detúvose un rato pensando qué haría, como quien trata de coger con cuidado un pequeño animal peligroso para que no le arañe o le muerda. Decidióse, al fin, a levantarme por la cintura, sirviéndose del índice y del pulgar, y separóme a una distancia de tres metros, poco

más o menos, de sus ojos, a fin de contemplar mi figura con toda comodidad ».

« Adiviné lo que se proponía con aquella investigación y dióme tanta presencia de ánimo mi buena fortuna, que resolví no resistir lo más mínimo (mientras el gigante me sostenía en el aire a una altura de diez y ocho metros de tierra), por temor de deslizarme entre sus dedos. Todo lo que intenté fué levantar los ojos hacia el sol, cruzar las manos en señal de súplica, y pronunciar algunas palabras en tono humilde y melancólico, adaptado a las circunstancias, pues pensaba a cada momento que iba el gigante a arrojarme al suelo. Mi buena estrella, sin embargo, continuaba protegiéndome, pues me pareció que estaba satisfecho de mi voz y de mis ademanes y empezó a mirarme como una cosa rara, admirándose sobremanera al oirme pronunciar palabras articuladas, aunque no podía comprenderlas ».

GULLIVER ES EXHIBIDO EN BROBDINGNAG COMO UN BICHO RARO

« Entre tanto, yo no cesaba de gemir y llorar a lágrima viva, y volvía la cabeza a ambos lados para darle a entender, lo mejor que podía, cuán terrible era el dolor que me causaba la presión de su pulgar y su índice. Pareció entonces comprenderme, pues levantando la cartera del bolsillo de su casaca colocóme suavemente en ella y echó a correr en seguida hacia donde se hallaba su amo, que era un rico labrador y la misma persona que yo había visto primeramente en el campo ».

Muy bien recibido fué Gulliver por la familia del labrador y tratado como el juguete predilecto de la hija de éste. Aconsejaron entonces al labrador que lo exhibiese mediante el pago de un precio de entrada; y vendiéronle, por fin, a la reina de aquel Estado, celebrando más tarde, cuando hubo ya aprendido el idioma del país, largas conferencias con el rey. Un ingenioso carpintero hizo para él una especie de cajón, que quedó instalado en el palacio, y durante todo este tiempo estuvo al cuidado de la hija del labrador.

Después de haber corrido numerosas aventuras, hallábase un día en su cajón, cuando fué cogido de repente por un pájaro colosal y llevado hacia el mar, donde cayó. El capitán de un buque divisó el cajón y lo recogió. Así fué cómo Gulliver recobró su libertad y volvió a Inglaterra en Junio de 1706.

Pero aquí se nos ponen de manifiesto las consecuencias de haberse familiarizado con gentes y cosas totalmente diferentes de las nuestras, pues, al llegar a su patria, la pequeñez de las casas, de los árboles, del ganado y de la gente, hiciéronle empezar a creer que se hallaba en Liliput.

CÓMO SE SINTIÓ GULLIVER AL REGRESAR A SU PATRIA DESPUÉS DE SUS AVENTURAS

« Tenía miedo de pisar a todos los transeuntes que encontraba—confiesa Gulliver;—y llamábales la atención en alta voz, muy a menudo, para que se apartaran de mi camino, de modo que no sé cómo no me apalearon por mi insolencia. Cuando llegué a mi casa, abrió uno de los criados la puerta y yo me agaché para entrar, como hace el ganso debajo de una entrada baja, por temor de tropezar con la cabeza. Corrió mi mujer a abrazarme, y entonces me bajé hasta más abajo de sus rodillas, en la creencia de que no llegaría, de otro modo, a alcanzarme en la boca. En suma, me portaba yo de una manera tan extraña, que acabaron todos por creer que había perdido el juicio. No tardamos mucho, sin embargo, en llegar a entendernos perfectamente yo, mi familia y mis amigos; mi mujer aseguraba que no volvería yo a emprender jamás otro viaje por mar, pero mi hado adverso lo ordenó de tal modo, que no tuvo bastante poder para impedírmelo ».

Gulliver, en sus últimos viajes, encaminóse a Saputa, isla flotante habitada por filósofos y astrónomos, y al país de los hínidos, en el cual los caballos eran los representantes de la civilización, y los hombres, llamados yahúes, eran seres degradados, pertenecientes a los tipos más bajos.